Tal fué la fatal jornada de Padierna, y que dió á conocer aún á los más apasionados partidarios del General Santa-Anna, su ineptitud para el mando, su negra envidia por toda agena gloria, y que á la satisfacción de esta pasión funesta, no tenía embarazo alguno en sacrificar los intereses y el honor de la Patria. Yin embargo, á pesar de que la convicción de estas verdades, había penetrado en el alma de todos los campeones de la Patria en aquella época nefasta, no hubo una sola voz que protestara contra aquel funesto mando, y el General Santa-Anna, seguía á la cabeza del ejército, para consumar su ruina, y dejar en el corazón de nuestra amada Patria, profundas y dolorosas heridas que aún le sangran y tristísimos recuerdos que llenan de rubor sus mejillas. Pero este ha sido el destino de los mexicanos; sucumbir por la incapacidad de sus jefes, á pesar de su abnegación, su acrisolado patriotismo y su incontestable valor.

VII.

LAS TROPAS MEXICANAS SE REPLEGAN Á OCUPAR LA LÍNEA DE DEFENSA EXTERIOR.—LOS AMERICANOS SE LANZAN Á LA PERSECUCIÓN.—DESORDEN DE LA RETIRADA, OCASIONADA POR EL MAL ESTADO DE LOS CAMINOS.—CHURUBUSCO.—TROPAS QUE LO DEFIENDEN.—FUERTE COMBATE DE CHURUBUSCO. — NUEVA VICTORIA DE LAS FUERZAS AMERICANAS.—CONCENTRACIÓN Á LA CAPITAL DEL EJÉRCITO MEXICANO.

Inmediatamente después de la derrota de la división del general Valencia, el general enemigo no pierde su tiempo y lanza sus tropas, divididas en dos fuertes destacamentos á la persecución de las fuerzas mexicanas que el general Santa-Anna mandada personalmente. El prim er destacamen to tomó por el camino de Tlalpan y el segundo por el de Coyoacan, cubriendo el espacio que media entre ambas vías, por algunos pequeños destacamentos precedidos de multitud de tirado res. El movimiento que designaban claramente los invasores, era envolvente sobre el punto de Churubusco.

Las tropas mexicanas se retiraban con el mayor órden, pero al fin, y á consecuencia del pésimo estado en que la lluvia del día anterior había dejado al camino, la marcha se hizo lenta, y multitud de carros que á cada instante se atascaban, hicieron romper las filas dejando penetrar en ellas cierto desorden. Esta lentitud, dió tiempo á la caballería enemiga de alcanzar nuestra retaguardia y comenzar á tirotearla vivamente. No obstante esto, la marcha se regularizaba á medida que los obstáculos se iban franqueando, y cuando el fuego de la caballería enemiga se hacía molesto; la nuestra que cubría la retaguardia, cargaba denodadamente, haciendo huir á los contrarios; mas á poco que dicha caballería tomaba su puesto en la columna, acercándose nuevamente la enemiga, rompía el fuego.

Por fin, y en medio de estas peripecias, ambos beligerantes llegaron á inmediaciones de Churubusco. Los americanos hicieron alto para reconocer, establecer su artillería y preparar su ataque; los mexicanos desplegaron con el frente á retaguardia, ocupando la márgen izquierda del pequeño río de Churubusco, apoyando su izquierda en el puente sobre el camino real y extendiéndose en dirección al Poniente. La línea de batalla estaba formada por los cuerpos permanentes; el puente ocupado por las compañías de San Patricio y en Churubusco, que quedaba al frente de la derecha y como á quinientos metros, la guarnición era compuesta de guardias nacionales.

El Convento de Churubusco, es un edificio ya medio arruinado al presente, pero en la triste época á que nos referimos, era susceptible de po-

nerse en fuerte estado de defensa. Así procuraron los ingenieros mexicanos hacerlo; coronaron todas las alturas del edificio con sacos á tierra; aspilleraron algunas paredes en puntos dominantes y encerraron el convento en un fuerte bastionado; desgraciadamente el tiempo les faltó y la fortificación no quedó terminada; sin embargo, los baluartes del frente fueron armados y los parapetos casi en todo el perímetro cubrían bien á los defensores. Casi todo el frente de combate del fuerte y á ménos de tiro de fusil estaba sembrado de maíz, y las altas y tupidas cañas, podían, como en efecto se verificó, ocultar los movimientos preliminares del enemigo para dar el asalto. Es increible que á ningún ingeniero ni á ningún jefe, le haya ocurrido mandar cortar hasta su raíz aquellas milpas, para proporcionar á nuestros fuegos un buen campo de tiro en terreno despejado.

La pequeña guarnición de Churubusco, estaba mandada por el general D. Manuel Rincón y se componía de los batallones de guardia nacional del Distrito, *Independencia y Bravos*; pues aunque de ella dependían las compañías de San Patricio y parte del batallón de Tlapa, se hallaban estas tropas ocupando el puente, en el ala izquierda de la línea. Disponía además el fuerte para su defensa de algunos cañones, aunque sus municiones eran escasas.

Terminados los preliminares, las columnas americanas, aprovechándose de todas las sinuosidades del terreno y de las espesas milpas para ocultar en lo posible su movimiento, se lanzaron al asalto, precedidos de una nube de tiradores

que al llegar al lindero de las milpas pusieron rodilla en tierra y abrieron un vivísimo fuego. Los bravos defensores de Churubusco, vitorearon llenos de entusiasmo á México y contestaron el fuego del enemigo con no menos vigor. El espacio se cubrió prontamente de espesas nubes de humo y el edificio, envuelto entre el polvo producido por los proyectiles enemigos apenas dejaba descubrir su torre y sus principales contornos.

Las columnas americanas entraron en línea, desplegaron prontamente en batalla y el fuego aumentó su viveza fuertemente. Después de algunos minutos, los pabellones de las estrellas que apenas se distinguían entre la humareda, comenzaron á agitarse; ruidosos hurras resonaron en toda la línea, y todo el enemigo en una masa confusa y desordenada, se echó sobre la posición, llegando prontamente hasta la contraescarpa de las obras. Los bravos oficiales mexicanos con la espada en la mano subieron sobre los parapetos, gran número de soldados siguieron su ejemplo, y un vivísimo fuego á quema ropa, dejó prontamente el glácis de las obras, lleno de cadáveres del adversario. No pudiendo vencer éste tan heróica resistencia; retrocedió á su primera posición para reforzarse. El primer ataque había sido rechazado. Las alegres dianas de los mexicanos y sus atronadores vivas llenaban el aire.

Pero, ¡oh fatalidad! esta primer ventaja había casi consumido las municiones, sobre todo las de artíllería, algunos cañones se habían desfogonado quedando inútiles para continuar la lucha; y las municiones de reserva que llegaban para dotar de

nuevo á aquellos valientes, eran de calibre superior al de sus armas.

Los americanos entre tanto, llamando á sus fuertes reservas, se reforzaban considerablemente; redoblaron su fuego y se veía claramente que se disponían á dar un segundo asalto.

¿Qué hacían en estos momentos las tropas del General Santa-Anna? Pedían á gritos marchar en auxilio de sus hermanos, mas su general ordenó el silencio en las filas bajo las más severas penas.

Los americanos se lanzaron por segunda vez al asalto; fueron de nuevo rechazados; en algunos puntos, consumiéndose los únicos cartuchos que quedaban; en otros, simplemente á la bayoneta. Los invasores notaron estas desventajas por lo flojo de nuestros fuegos, y ya más confiados, y de nuevo reforzados; se lanzaron por tercera vez al asalto; en vano nuestros valientes defendieron heróicamente á la bayoneta el puesto que se les había confiado, la superioridad numérica del adversario prevaleció y la posición fué tomada en medio de los aullidos y feroces hurras del enemigo.

Trascribiremos en seguida una parte de la comunicación oficial que el General Rincón dirijió al gobierno, para darle los detalles de la jornada. Dice á la letra como sigue:

"En este estado, dice Rincón, fuimos vigorosamente atacados por dos divisiones enemigas con la fuerza de más de seis mil hombres y algunas piezas de artillería, mandadas por los generales Worth, Smith y Twiggs. El Sr. General Anaya desde la esplanada del rediente de la izquierda observó que el enemigo cargaba con una columna

sobre aquel punto, y con sus disposiciones logró rechazarlo, aunque tuvimos la desgracia de que se incendiaran algunos cartuchos de cañón, quemándose el mismo Señor Anaya, un capitán inglés adicto, y tres artilleros, quedándose éstos imposibilitados de continuar en la batería. El enemigo redobló sus esfuerzos para ocupar el punto, pero encontró siempre un valor y resistencia admirables siendo rechazado cuantas veces cargó, por lo que dirijió sus fuegos por el frente y derecha. .....Por más de tres horas el fuego fué vivísimo, por cuya causa el armamento padeció mucho, inutilizándose la mayor parte, especialmente el del Batallón *Independencia*. Los cartuchos de 15 adarmes, calibre de nuestros fusiles, se consumieron todos; no había más piedras de chispa que las puestas, pues las de reserva se habían consumido, y no quedaban mas que unos cuantos cajones con cartuchos de diez y nueve adarmes, que eran inútiles..... ...Dos piezas de artillería se desfogonaron, una se desmontó, y para el resto solo quedaron pocos tiros, pues el parque se había consumido, y cuantas personas se mandaban en busca de él, ó no volvían ó avisaban que esperásemos, aunque no llegó. Con una baja de ciento treinta y seis muertos, y noventa y nueve heridos, entre quienes se contaban casi todos los artilleros, y con la falta absoluta de municiones, disminuyó primero y cesó al fin el fuego del convento; alguna nueva carga del enemigo fué todavía rechazada á la bayoneta; pero al fin fué preciso replegarse al interior del edificio, como lo hizo con orden y serenidad la tropa, firmes los Jefes y Oficiales en sus puestos, y resueltos todos á sufrir la suerte

que les tocara antes que entrar en capitulación alguna. El enemigo, agrega el General Rincón, llegó al momento, siendo el primero con su fuerza el Capitán del 3.° de línea de la 1.ª Brigada de la 2.ª División, J. S. Smith, quien contuvo el fuego de su tropa y mandó fijar un pañuelo blanco en el parapeto, cuyo hecho refiero en honor de tan bizarro Oficial. Las demás fuerzas enemigas llegaron simultáneamente con el General Twiggs y varios jefes, distinguiéndonos todos con la mayor consideración, sin exigirnos el empeño de nuestra palabra, sin despojarnos de nuestras espadas y propiedades, y mandando que fuésemos respetados por todos los americanos, como en efecto se ha verificado hasta hoy; y si atendemos al modo con que nos hicieron prisioneros, es necesario hacerles justicia, diciendo que son generosos, pues hasta sus soldados respetan á los defensores de Churubusco.»

Las fuerzas mexicanas, como se vé por el parte anterior, se batieron bizarramente aunque de guardia nacional, careciendo por consiguiente de disciplina, instrucción y aquel espíritu de cuerpo que infunde en la tropa la unión y energía propias para el buen éxito en toda clase de combates. Muchos jefes, oficiales y la tercera parte de la tropa, se cubrieron de gloria muriendo bravamente en defensa de la patria.

La jornada de Churubusco, aunque perdida la batalla, figurará siempre en nuestros anales de aquella época luctuosa, como una página de gloria.

El ejército americano, aunque victorioso, no se atrevió aquel dia á proseguir su ataque sobre nuestra línea principal de batalla; aprovechando

lo cual el general Santa-Anna, se apresuró á dictar sus órdenes, á fin de que el ejército, poniéndose nuevamente en retirada, verificara su concentración á la capital, ocupando la segunda línea fortificada, que se apoyaba en fuertes de campaña establecidos en las garitas.

El general Santa-Anna, desperdició ese día otra brillante probabilidad de cubrir con los laureles de una victoria las banderas de la República. Si en los momentos del combate inmediato sobre Churubusco hubiera dividido la línea principal de batalla en varias columnas de ataque, lanzándolas sobre los flancos de las tropas invasoras, hubiera indudablemente paralizado el impulso de éstas, obligándolas á la retirada y derrotándolas quizá. Pero todas las tropas que constituían dicha línea, permanecieron como en Padierna, siguiendo las órdenes de su general, frias expectadoras del desastre.

Todo cooperó en aquella jornada á nuestra derrota. Las armas de los heróicos guardias nacionales, estaban en su mayor parte descompuestas, de suerte que al poco tiempo de haber roto el fuego se inutilizaron; las buenas, carecían de piedras de chispa de reserva, y por último, como todas eran de diez y seis adarmes, consumidas las municiones de las cartucheras, se les proveyó del parque de reserva cuyos cartuchos de 19 adarmes hicieron imposible continuar el fuego. En vano se rechazaron algunos ataques á la bayoneta; reforzándose el enemigo incesantemente, llegó á adquirir tal superioridad numérica, que ya no fué posible la resistencia. Mas este triunfo costó muy caro á los invasores, que dejaron más de quinientos muertos y cerca de 1,000 heridos sobre el campo de batalla.

Al observar el enemigo el movimiento de retirada de nuestro ejército, se lanzó de nuevo á la persecución, mas esta fué floja y permitió á nuestras fuerzas ocupar cómodamente los puestos fortificados de la garita de San Antonio Abad, desde donde con la mayor prontitud y facilidad, rechazaron al enemigo haciéndolo retroceder hasta perderse de vista, y prescindir, al menos por ese día, de nuevos ataques.

Las desgraciadas jornadas de Padierna y Churubusco, así como la violenta concentración de las fuerzas mexicanas á la capital, lejos de desalentar á nuestro indómito pueblo, produjeron en su ánimo la más febril exaltación de cólera y deseos de venganza, mezclándose á este sentimiento el patriotismo más ferviente. La indignación se veía retratada en todos los semblantes; la multitud corría á los cuarteles y puestos guarnecidos para ofrecerse voluntariamente, dispuestos á derramar su sangre hasta la última gota en defensa de su patria; mas por desgracia se carecía de armas, y buscándolas por todas partes, comprándolas á exagerados precios, apenas pudieron conseguirse algunos centenares que sirvieron para armar otros tantos ciudadanos y reemplazar algo de la tropa perdida en los recientes combates.

En el ejército sucedía lo contrario; los semblantes de nuestros veteranos denunciaban la más amarga tristeza y el más profundo desaliento; y tenían razón porque habían perdido uno de los más importantes elementos de moral, que era la confianza en sus jefes; ¿de qué les servía haberse

batido como leones y regado con sangre preciosa el campo de batalla, si la ineptitud, las vacilaciones injustificables y hasta la envidia, habían hecho estériles sus heróicos esfuerzos? Estas consideraciones que sin duda ocupaban la mente de todos, los hacían tristes, taciturnos y hasta de aspecto siniestro. En los puestos avanzados se observaba que el servicio se hacía flojamente y de mala voluutad. En los campamentos de las reservas no se notaba aquella animación y actividad que generalmente caracteriza las grandes reuniones de soldados; por el contrario, un lúgubre silencio, una inmovilidad casi absoluta, daban á los campos militares el aspecto de un cementerio. Los soldados, formados en silenciosos grupos, calmaban su hambre mascando una durísima y enmohecida galleta: los oficiales frios y taciturnos se paseaban lentamente al rededor de los pabellones de armas; los jefes si formaban grupos, en los que en voz baja se entregaban á acaloradas discusiones, se permitían sin duda, criticar las últimas operaciones y poner en duda la aptitud de su general para llevarlos al combate.

Así pasaron las tropas tristemente el dia 21; esperando un nuevo ataque y presintiendo una nueva derrota, pero los más valientes, resueltos á quedar sobre el campo de batalla antes que abandonar las banderas de la patria.

Tan luego como el general Santa-Anna penetró á la capital, convocó una junta de Ministros, ante la cual expuso las malas circunstancias del ejército y la necesidad que en su concepto había de darse algunos dias, así para el descanso de las fatigadas tropas, como para restablecer la moral

perdida y proceder á la reorganización de las tres armas que se hallaban en cierto desórden; en consecuencia era preciso nombrar una comisión que se acercara al general en jefe enemigo para estipular un armisticio. La Junta aprobó por unanimidad el proyecto y el general Santa-Anna nombró en comisión para ponerlo en práctica al cónsul inglés Sr. Makinstosh y al Sr. Rafael Beraza.

El general Scott recibió cortesmente á dichos señores, y enterado del asunto que á su cuartel general los conducía, estuvo perfectamente de acuerdo y á su vez nombró jefes para que reuniéndose á los comisionados de México, se procediera á arreglar las bases del convenio.

En su parte general el comandante del ejército invasor se expresa en los siguientes términos:

"En la mañana del 21, estando á punto de asaltar posiciones que me autorizaran á intimar rendición á la ciudad, ó á firmar un armisticio con el compromiso de entrar desde luego en negociaciones de paz, llegó una comisión á proponerme una tregua. Rechazando sus términos, despaché mi adjunta comunicación al presidente Santa-Anna omitiendo la intimación. El 22, nombramos comisionados los jefes de ambos ejércitos; el armisticio se firmó el 23 y las ratificaciones se canjearon el 24. Todos los puntos en cuestión han sido afortunadamente traídos ante sus plenipotenciarios, quienes han celebrado ya algunas conferencias, según entiendo, con esperanzas de firmar un tratado de paz."

El mismo general Scott dirigió al comandante

en jefe del ejército mexicano, una comunicación con fecha 21, que á la letra dice como sigue:

"Demasiada sangre se ha vertido ya en esta guerra desnaturalizada, entre las dos grandes repúblicas de este continente. Es tiempo de que las diferencias entre ellas sean amigable y honrosamente arregladas, y sabe V. E. que un comisionado por parte de los Estados Unidos, investido con plenos poderes para este fin, está con este ejército. Para facilitar que las dos repúblicas entren en negociaciones, deseo firmar en términos razonables un corto armisticio. Quedo con impaciencia esperando hasta mañana por la mañana una respuesta directa á esta comunicación; pero entre tanto tomaré y ocuparé afuera de la capital las posiciones que juzgue necesarias al abrigo y comodidad de este ejército."

Sin duda los primeros comisionados que hemos mencionado antes, no pudieron desempeñar satisfactoriamente su comisión, puesto que el gobierno mexicano nombró otros nuevos, que en concurso con los nombrados por el general americano se reunieron en Tacubaya el día 22, para celebrar un armisticio que debía durar, mientras que los representantes de ambos gobiernos, se ocupáran de las negociaciones de la paz, ó hasta que uno de los generales en jefe, de los ejércitos beligerantes diera aviso al otro de la cesación del armisticio, con cuarenta y ocho horas de anticipación.

He aquí las bases del convenio para el armisticio:

"Los infrascritos nombrados respectivamente, los dos primeros por el Exmo. Señor Presidente

de la República Mexicana, General en Jefe de su Ejército, D. Antonio Lopez de Santa-Anna, y los tres seguidos nombrados por S. E. el Mayor General de los Estados Unidos de América, y en Jefe de sus Ejércitos Winfield Scott, reunidos en Tacubaya el día 22 de Agosto de 1847 después de haberse mostrado sus plenos poderes para celebrar un armisticio entre ambos ejércitos, con el objeto de dar lugar al Cobierno Mexícano para tomar en consideración las proposiciones que tiene que hacerle el comisionado por parte del Exmo. Señor Presidente de los Estados Unidos de América, han convenido en los artículos siguientes:

"1° Cesarán al instante y en lo absoluto las hostilidades entre los ejércitos de los Estados Unidos Mexicanos y los de los Estados Unidos de Norte América en la comprensión de treinta leguas de la capital de los primeros, para dar tiempo á que traten los comisionados nombrados por la República de los Estados Unidos, y los que se nombren por parte de la de México.

"2° Continuará este armisticio todo el tiempo que los comisionados de ambos Gobiernos estén ocupados en las negociaciones ó hasta que el jefe de alguno de los dos Ejércitos avise formalmente al otro de la cesación de aquel y con cuarenta y ocho horas de anticipación al rompimiento.

"3° En el entre tanto del armisticio, ninguno de los dos Ejércitos comenzará en el Distrito expresado de treinta leguas de la ciudad de México, ninguna fortificación ni obra militar de ofensa ó defensa, ni hará nada para agrandar ó reforzar

las obras ó fortificaciones existentes dentro de los expresados límites.

"4° Ninguno de los Ejércitos será reforzado. Cualquier refuerzo de tropas ó municiones de guerra, exceptuándose los víveres que estén ahora en camino para alguno de los dos Ejércitos, será detenido á la distancia de veintiocho leguas de la ciudad de México.

"5° Ninguno de los dos Ejércitos ó destacamento de ellos podrán avanzar de la línea que actualmente ocupan.

"6° Ninguno de los Ejércitos ó destacamento, ó individuo que tenga caracter militar, pasará los límites neutrales establecidos por el artículo anterior, exceptuándose á los que lleven la correspondencia entre ambos Ejércitos que por casualidad se extravíen dentro de los límites neutrales se les avisará bondadosamente por la parte contraria, ó se les devolverá á su ejército con bandera de parlamento.

"7° El Ejército americano no impedirá con violencia el paso del campo á la ciudad de México para los abastos ordinarios de alimentos necesarios para el consumo de sus habitantes ó del Ejército mexicano que se halla dentro de la ciudad, ni las autoridades mexicanas civiles ó militares harán nada que obstruya el paso de víveres de la ciudad ó del campo, que necesite el general americano.

"8° Todos los prisioneros de guerra americanos que se encuentren en poder del Ejército mexicano, y que no se hayan canjeado hasta la fecha, se canjearán lo más pronto posible, uno por uno, considerando las clases de los prisioneros de

guerra mexicanos hechos por el Ejército americano.

"9° A todos los ciudadanos americanos que estaban establecidos en la ciudad de México antes de la guerra actual, y que después han sido desterrados de dicha ciudad, se les permitirá que vuelvan á sus respectivos negocios ó familias en dicha ciudad, sin dilación y sin causarles molestia.

"10. Para facilitar mejor á los Ejércitos beligerantes la ejecución de estos artículos, y para favorecer el grande objeto de la paz, se conviene además que cualquiera correo que alguno de los ejércitos quiera enviar por la línea de la ciudad de México ó de sus cercanías á Veracruz, ó de ésta á aquella, recibirá un pasaporte firmado por el Jefe de su Ejército y con el salvo conducto del Jefe contrario, cuyo pasaporte protegerá á dicho correo y sus pliegos, de cualquiera interrupción ó pérdida por parte de las tropas americanas ó mexicanas por dicha línea.

"11. En los pueblos ocupados por las fuerzas americanas, no se embarazará de modo alguno, respecto de las mexicanas, el ejercicio de la justicia, en los términos señalados por las leyes, por la Constitución general ó particular de los Estados á que pertenezcan.

12. En las poblaciones ó lugares ocupados por el Ejército ó fuerzas de los Estados Unidos dentro del límite señalado, serán respetadas las propiedades, y todos los individuos mexicanos no serán embargados de manera alguna en el ejercicio de su profesión, no se les obligará á ejecutar servicio de ninguna clase, si nó lo quieren prestar

voluntariamente, y para ello, pagándolo por su justo precio: el tráfico no se alterará de ningún modo.

"13. Los prisioneros que estuviesen heridos no se les embarazará de manera alguna el que cuando quieran puedan trasladarse para su curación al lugar que les sea más cómodo, permaneciendo en su calidad de prisioneros.

"14. Los oficiales de salud perteneciente al Ejército mexicano, podrán asistirlos si así les conviniere.

"15. Para el exacto cumplimiento de este convenio, se nombrarán dos comisionados, uno por cada parte, y en caso de discordia, elegirán ellos mismos un tercero.

"16. Este convenio no tendrá fuerza hasta que no sea aprobado respectivamente por los Exmos. Señores generales en Jefe de cada uno de los Ejércitos, en el término de veinticuatro horas, contadas desde las seis de la mañana del 23.—*Ignacio de Mora y Villamil.—Benito Quijano.—J. A. Quitman*, Mayor general del Ejército de los Estados Unidos.—*Parsifor J. Smith*, Brigadier general de los Estados Unidos.

VIII.

MAL EFECTO CAUSADO POR EL ARMISTICIO.—PENETRAN Á LA CAPITAB CIEN CARROS DEL ENEMIGO EN BUSCA DE VÍVERES.—TUMULTO EN LA CAPITAL —SE NOMBRAN POR AMBAS PARTES COMISIONES PARA ARREGLAR LA PAZ.—NO PUEDE LA COMISIÓN MEXICAUA ACEPTAR LAS PROPOSICIONES DE LOS COMISIONADOS AMERICANOS.—SE ROMPEN LAS HOSTILIDADES.—BATALLAS DE MOLINO DEL REY Y CHAPULTEPEC, DE 8 Y 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

Tan luego como se supo en la capital que un armisticio se había celebrado, la efervescencia creció de punto; el pueblo en lo general, deseaba continuar la guerra sin descanso contra el invasor, hasta arrojarlo fuera del territorio ó sucumbir con honra; pero al fin hubo de calmarse por las observaciones que las personas más sensatas y entendidas le hacían á cada momento; el armisticio, le decían, es un respiro que debemos aprovechar para la reorganización y aumento del ejército, la compostura del armamento y la construcción de municiones. Terminado lo cual ya podríamos proseguir la guerra, con algunas probabilidades de buen éxito.